

TUSELL, Javier (dir.). *Historia de España*, Madrid, Taurus, 1998. 891 páginas.

No resulta fácil encontrar en el panorama editorial obras de conjunto sobre la Historia de España en un solo volumen y que cuenten con la garantía de unos autores de solvencia científica. Nuestro pasado es muy extenso en el tiempo y muy rico en acontecimientos de todo tipo. Cada especialista considera necesario dedicar muchas páginas a explicar el periodo de su estudio cuando se trata de abordar una síntesis para el gran público. De ahí que no siempre se haya conseguido con éxito elaborar una obra asequible en la que se resuma toda la historia española sin que se proponen los límites razonables que deben fijarse para un libro. Por otra parte, está la dificultad de que un solo historiador se atreva a ofrecer un resumen de la Historia de España desde sus orígenes hasta la actualidad. El enciclopedismo histórico es una cualidad poco practicada hoy por los profesionales. Los especialistas se dividen sus áreas de conocimiento, de tal manera que quien estudia la contemporaneidad, difícilmente se acerca a las etapas más remotas de nuestro pasado. Así pues, para conseguir la homogeneidad conveniente en una Historia de España que abarque desde la Prehistoria hasta nuestros días, lo mejor es cubrir tres requisitos básicos. En primer lugar, contar con un grupo muy reducido de historiadores. Que estos historiadores se entiendan, en el sentido de que conciban el quehacer histórico de una manera semejante. Y en tercer lugar, que haya una tarea de coordinación real y efectiva.

La Historia de España dirigida por Javier Tusell cumple estos tres requisitos. Los tres autores encargados de redactar cada una de las partes de que se compone la obra son historiadores prestigiosos en sus respectivos campos. Cada uno de ellos cuenta con un bagaje de investigación rigurosa y de un reconocido valor en el panorama de la historiografía española actual. Y por último, el tratamiento de las diferentes etapas de la Historia española, con la dificultad que supone la diversidad del ritmo histórico a medida que se va avanzando en el tiempo, se lleva a cabo con un razonable equilibrio. Lo único que cabría señalar como particularidad en la distribución de la obra es el mayor espacio dedicado a la etapa contemporánea en relación con los periodos precedentes, particularidad que se justificaría en razón de la mayor densidad de los acontecimientos más cercanos a nuestro presente. Por otra parte, aun habiéndose conseguido un conjunto muy compensado, cada autor deja traslucir —como no podía ser menos— su personalidad en las páginas que firma.

La primera parte, la más larga desde un punto de vista cronológico aunque no en número de páginas, corresponde a José Luis Martín. Su especialización como medievalista no le impide tratar con igual acierto y rigor la época de la antigüedad que la que comienza con la invasión musulmana. No obstante, la mayor parte de las casi doscientas páginas que le corresponden en la distribución de la obra están dedicadas a la Edad Media. En su estudio, cobran una gran relevancia los aspectos sociales y culturales, junto al desarrollo de lo que podríamos considerar como historia política.

La Edad Moderna ocupa la segunda parte de la obra. Su autor, Carlos Martínez Shaw, aborda el resumen de la etapa comprendida entre la España de finales del siglo xv y la caída del Antiguo Régimen. La personalidad de cada una de las centurias de esta etapa le permiten ceñirse en su análisis a estas secuencias seculares, de tal manera que hay un capítulo dedicado a la España de los Reyes Católicos, otro al apogeo del Imperio Habsburgo, otro a la decadencia del siglo xvii, y por último, otro al siglo de la Ilustración. En cada uno de ellos, los aspectos políticos, sociales, económicos y culturales están tratados con la amplitud y la profundidad que permite el limitado número de páginas, pero con el rigor propio de quien se mueve en esta etapa de nuestra Historia como un auténtico maestro.

Las dos últimas partes de este libro corresponden a la Historia que arranca de la Revolución liberal y termina en nuestros días. Atendiendo a la nomenclatura que se está imponiendo en la compartimentación cronológica de la Historia más reciente, la tercera parte se refiere a la Historia Contemporánea, y la cuarta a la España Actual, que se inicia con el régimen de Franco. El autor de ambas partes es Javier Tusell, quien también es coordinador de la obra. Tusell ha publicado ya varios manuales sobre la última etapa de nuestra Historia. En todos ellos ha dado muestra, no sólo de un perfecto conocimiento de los dos últimos siglos del pasado español, sino de una gran capacidad de síntesis para resumir las claves de nuestra contemporaneidad con un lenguaje amable y atractivo. En estas últimas páginas del libro se advierte un mayor énfasis en los aspectos políticos, que priman sobre los sociales, económicos o culturales, pero en su conjunto, su contenido armoniza perfectamente con el resto de la obra.

Esta Historia de España se completa con una serie de apéndices bibliográficos, cronológicos y de mapas, todos ellos de una gran utilidad para aquellos lectores que deseen ampliar información, o simplemente complementar aspectos concretos señalados en el texto.

En suma, estamos ante un libro útil, atractivo y necesario. En unos momentos en los que sigue abierto el debate sobre qué Historia de Es-

paña es la más correcta políticamente, es bueno que historiadores de solvencia y prestigio como los que colaboran en esta obra, se planteen una síntesis de todo nuestro pasado desde una perspectiva puramente profesional y científica, sin entrar al trapo de polémicas que si bien no pueden quedar al margen del quehacer de los verdaderos estudiosos de nuestro pasado, tampoco pueden condicionar su labor.

*Rafael Sánchez Mantero*

CASTILLO, S. y ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (eds), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, 718 pp.

No es fácil reseñar un libro tan denso y variado como éste donde se publican las voluminosas Actas del Tercer Congreso de la Asociación de Historia Social en las que se recogen cerca de sesenta trabajos (entre ponencias, comunicaciones, resúmenes de los relatores...). En cualquier caso, sí es preciso que quede constancia desde el comienzo de esta breve reseña que es admirable la actividad desplegada por dos instituciones que hicieron posible, en primer lugar, un Congreso de tan alto nivel y, en segundo lugar, una edición tan rápida y adecuada de sus actas —apenas, un año— siendo esto último tan interesante como poco habitual. Habrá que agradecer también al Servicio Editorial de la Universidad vasca la prontitud con que han visto la luz estas actas.

No hará falta aquí dedicar mucho espacio a elogiar la labor de la Asociación de Historia Social que es, por muchos conceptos, meritoria, pero la comunidad científica de los historiadores españoles ya está afortunadamente muy al tanto de sus características y eso hace que no sea necesario extenderse sobre ello. En cualquier caso, es un acto de justicia que ese reconocimiento sea personificado de forma especial en el profesor Santiago Castillo que ha dado prueba de una capacidad de trabajo inagotable para impulsar dicha Asociación y, por ende, el progreso de la Historia Social en España.

Aunque sea mucho menos conocida la gran actividad realizada durante los últimos cinco años por el Instituto de Historia Social *Valentín de Foronda*, debe resaltarse también aquí su labor que ha fructificado en varios congresos y publicaciones. En concreto, son muy notables dos de estas últimas, aparecidas hace pocos meses, y que están dedica-

TUSELL, Javier (dir.). *Historia de España*, Madrid, Taurus, 1998. 891 páginas.

No resulta fácil encontrar en el panorama editorial obras de conjunto sobre la Historia de España en un solo volumen y que cuenten con la garantía de unos autores de solvencia científica. Nuestro pasado es muy extenso en el tiempo y muy rico en acontecimientos de todo tipo. Cada especialista considera necesario dedicar muchas páginas a explicar el periodo de su estudio cuando se trata de abordar una síntesis para el gran público. De ahí que no siempre se haya conseguido con éxito elaborar una obra asequible en la que se resuma toda la historia española sin que se proponen los límites razonables que deben fijarse para un libro. Por otra parte, está la dificultad de que un solo historiador se atreva a ofrecer un resumen de la Historia de España desde sus orígenes hasta la actualidad. El enciclopedismo histórico es una cualidad poco practicada hoy por los profesionales. Los especialistas se dividen sus áreas de conocimiento, de tal manera que quien estudia la contemporaneidad, difícilmente se acerca a las etapas más remotas de nuestro pasado. Así pues, para conseguir la homogeneidad conveniente en una Historia de España que abarque desde la Prehistoria hasta nuestros días, lo mejor es cubrir tres requisitos básicos. En primer lugar, contar con un grupo muy reducido de historiadores. Que estos historiadores se entiendan, en el sentido de que conciban el quehacer histórico de una manera semejante. Y en tercer lugar, que haya una tarea de coordinación real y efectiva.

La Historia de España dirigida por Javier Tusell cumple estos tres requisitos. Los tres autores encargados de redactar cada una de las partes de que se compone la obra son historiadores prestigiosos en sus respectivos campos. Cada uno de ellos cuenta con un bagaje de investigación rigurosa y de un reconocido valor en el panorama de la historiografía española actual. Y por último, el tratamiento de las diferentes etapas de la Historia española, con la dificultad que supone la diversidad del ritmo histórico a medida que se va avanzando en el tiempo, se lleva a cabo con un razonable equilibrio. Lo único que cabría señalar como particularidad en la distribución de la obra es el mayor espacio dedicado a la etapa contemporánea en relación con los periodos precedentes, particularidad que se justificaría en razón de la mayor densidad de los acontecimientos más cercanos a nuestro presente. Por otra parte, aun habiéndose conseguido un conjunto muy compensado, cada autor deja traslucir —como no podía ser menos— su personalidad en las páginas que firma.

La primera parte, la más larga desde un punto de vista cronológico aunque no en número de páginas, corresponde a José Luis Martín. Su especialización como medievalista no le impide tratar con igual acierto y rigor la época de la antigüedad que la que comienza con la invasión musulmana. No obstante, la mayor parte de las casi doscientas páginas que le corresponden en la distribución de la obra están dedicadas a la Edad Media. En su estudio, cobran una gran relevancia los aspectos sociales y culturales, junto al desarrollo de lo que podríamos considerar como historia política.

La Edad Moderna ocupa la segunda parte de la obra. Su autor, Carlos Martínez Shaw, aborda el resumen de la etapa comprendida entre la España de finales del siglo xv y la caída del Antiguo Régimen. La personalidad de cada una de las centurias de esta etapa le permiten ceñirse en su análisis a estas secuencias seculares, de tal manera que hay un capítulo dedicado a la España de los Reyes Católicos, otro al apogeo del Imperio Habsburgo, otro a la decadencia del siglo xvii, y por último, otro al siglo de la Ilustración. En cada uno de ellos, los aspectos políticos, sociales, económicos y culturales están tratados con la amplitud y la profundidad que permite el limitado número de páginas, pero con el rigor propio de quien se mueve en esta etapa de nuestra Historia como un auténtico maestro.

Las dos últimas partes de este libro corresponden a la Historia que arranca de la Revolución liberal y termina en nuestros días. Atendiendo a la nomenclatura que se está imponiendo en la compartimentación cronológica de la Historia más reciente, la tercera parte se refiere a la Historia Contemporánea, y la cuarta a la España Actual, que se inicia con el régimen de Franco. El autor de ambas partes es Javier Tusell, quien también es coordinador de la obra. Tusell ha publicado ya varios manuales sobre la última etapa de nuestra Historia. En todos ellos ha dado muestra, no sólo de un perfecto conocimiento de los dos últimos siglos del pasado español, sino de una gran capacidad de síntesis para resumir las claves de nuestra contemporaneidad con un lenguaje amable y atractivo. En estas últimas páginas del libro se advierte un mayor énfasis en los aspectos políticos, que priman sobre los sociales, económicos o culturales, pero en su conjunto, su contenido armoniza perfectamente con el resto de la obra.

Esta Historia de España se completa con una serie de apéndices bibliográficos, cronológicos y de mapas, todos ellos de una gran utilidad para aquellos lectores que deseen ampliar información, o simplemente complementar aspectos concretos señalados en el texto.

En suma, estamos ante un libro útil, atractivo y necesario. En unos momentos en los que sigue abierto el debate sobre qué Historia de Es-

paña es la más correcta políticamente, es bueno que historiadores de solvencia y prestigio como los que colaboran en esta obra, se planteen una síntesis de todo nuestro pasado desde una perspectiva puramente profesional y científica, sin entrar al trapo de polémicas que si bien no pueden quedar al margen del quehacer de los verdaderos estudiosos de nuestro pasado, tampoco pueden condicionar su labor.

*Rafael Sánchez Mantero*

CASTILLO, S. y ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (eds), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, 718 pp.

No es fácil reseñar un libro tan denso y variado como éste donde se publican las voluminosas Actas del Tercer Congreso de la Asociación de Historia Social en las que se recogen cerca de sesenta trabajos (entre ponencias, comunicaciones, resúmenes de los relatores...). En cualquier caso, sí es preciso que quede constancia desde el comienzo de esta breve reseña que es admirable la actividad desplegada por dos instituciones que hicieron posible, en primer lugar, un Congreso de tan alto nivel y, en segundo lugar, una edición tan rápida y adecuada de sus actas —apenas, un año— siendo esto último tan interesante como poco habitual. Habrá que agradecer también al Servicio Editorial de la Universidad vasca la prontitud con que han visto la luz estas actas.

No hará falta aquí dedicar mucho espacio a elogiar la labor de la Asociación de Historia Social que es, por muchos conceptos, meritoria, pero la comunidad científica de los historiadores españoles ya está afortunadamente muy al tanto de sus características y eso hace que no sea necesario extenderse sobre ello. En cualquier caso, es un acto de justicia que ese reconocimiento sea personificado de forma especial en el profesor Santiago Castillo que ha dado prueba de una capacidad de trabajo inagotable para impulsar dicha Asociación y, por ende, el progreso de la Historia Social en España.

Aunque sea mucho menos conocida la gran actividad realizada durante los últimos cinco años por el Instituto de Historia Social *Valentín de Foronda*, debe resaltarse también aquí su labor que ha fructificado en varios congresos y publicaciones. En concreto, son muy notables dos de estas últimas, aparecidas hace pocos meses, y que están dedica-

paña es la más correcta políticamente, es bueno que historiadores de solvencia y prestigio como los que colaboran en esta obra, se planteen una síntesis de todo nuestro pasado desde una perspectiva puramente profesional y científica, sin entrar al trapo de polémicas que si bien no pueden quedar al margen del quehacer de los verdaderos estudiosos de nuestro pasado, tampoco pueden condicionar su labor.

*Rafael Sánchez Mantero*

CASTILLO, S. y ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (eds), *Estado, protesta y movimientos sociales*, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao, 1998, 718 pp.

No es fácil reseñar un libro tan denso y variado como éste donde se publican las voluminosas Actas del Tercer Congreso de la Asociación de Historia Social en las que se recogen cerca de sesenta trabajos (entre ponencias, comunicaciones, resúmenes de los relatores...). En cualquier caso, sí es preciso que quede constancia desde el comienzo de esta breve reseña que es admirable la actividad desplegada por dos instituciones que hicieron posible, en primer lugar, un Congreso de tan alto nivel y, en segundo lugar, una edición tan rápida y adecuada de sus actas —apenas, un año— siendo esto último tan interesante como poco habitual. Habrá que agradecer también al Servicio Editorial de la Universidad vasca la prontitud con que han visto la luz estas actas.

No hará falta aquí dedicar mucho espacio a elogiar la labor de la Asociación de Historia Social que es, por muchos conceptos, meritoria, pero la comunidad científica de los historiadores españoles ya está afortunadamente muy al tanto de sus características y eso hace que no sea necesario extenderse sobre ello. En cualquier caso, es un acto de justicia que ese reconocimiento sea personificado de forma especial en el profesor Santiago Castillo que ha dado prueba de una capacidad de trabajo inagotable para impulsar dicha Asociación y, por ende, el progreso de la Historia Social en España.

Aunque sea mucho menos conocida la gran actividad realizada durante los últimos cinco años por el Instituto de Historia Social *Valentín de Foronda*, debe resaltarse también aquí su labor que ha fructificado en varios congresos y publicaciones. En concreto, son muy notables dos de estas últimas, aparecidas hace pocos meses, y que están dedica-

das a la historia de la transición en España y el País Vasco (editada por J. Ugarte) y a la Historia y la Acción Educativa (editada por J. Ortiz de Orruño). Sin duda, y como en el caso anterior, debe personificarse el mérito de la excelente actividad de ese Instituto de Historia Social en el profesor L. Castells y sus colaboradores de la sección vitoriana del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco que han dedicado mucho de su tiempo a que fructifique un magnífico empeño intelectual.

Dicho esto, no cabe sino admitir el acierto en la elección del tema que dio, en principio, origen al Congreso y ahora a estas actas que aquí comentamos. Sin duda, tal y como escribe de forma muy lúcida el profesor A. Rivera en la ponencia que abre estas Actas, uno de los avances historiográficos más importantes de los últimos decenios ha sido la renovación de la Historia Política y el surgimiento de lo que este autor llama, siguiendo una expresión muy conocida, *Historia social de la política* —aunque quizás algunos espíritus, un poco malévolos pero nada ingeniosos, preferirían llamarlo Historia política de lo social. Reflexionar sobre el Estado, los conflictos y los movimientos sociales en la historia de España era una tarea que debía realizarse en nuestra historiografía y que se impusieron como objetivo la Asociación de Historia Social y el Instituto Valentín de Foronda. A juzgar por los resultados aparecidos en este volumen, se pueden dar por satisfechos, ya que los trabajos aquí publicados tienen, en general, un notable interés. Es más, si se comparan con las anteriores actas de los Congresos de la Asociación de Historia Social, parece evidente que hay un considerable progreso historiográfico en estas reuniones científicas. Me explicaré. No cabe duda de que las comunicaciones a los Congresos de la Asociación de Historia Social tienen cada vez un mayor contenido teórico, bien argumentado en su desarrollo o bien explicitado en su introducción, de manera que las aquí recogidas nos muestran un panorama de la Historia Social española que ya no es el de hace nueve años cuando se celebró el primer congreso de dicha Asociación. Resulta bien significativo que, pese al riesgo que encerraba el título del Congreso, casi ningún autor se haya atrevido a cometer el atropello —demasiado habitual en otras ocasiones— de perpetrar una comunicación mediante el cómodo expediente de resumir un legajo más o menos largo sobre un motín del siglo XVIII o del XIX, escribiendo así algo similar a un intento de mala literatura absolutamente irrelevante —y ello, aunque fuera amparándose en la declinante sombra de una microhistoria narrativa, cuyo tiempo parece ya haber pasado. Al contrario, resalta el elevado nivel analítico que se aprecia en muchas de las

comunicaciones que se incluyen en este volumen. Este aspecto es aún más notable si se tiene en cuenta que la mayoría de las comunicaciones parecen estar escritas por jóvenes investigadores, aunque no hay que desdeñar la posibilidad de que un volumen no pequeño de estos trabajos esté relacionado con tesis doctorales hace poco acabadas o en fase de culminación. Ello explicaría, en no pequeño grado, su gran interés historiográfico. Lo aquí visto es gratificante porque sirve de muestra a una nueva generación de historiadores sociales —cuyas edades se sitúan en torno a los treinta años— que, con todo merecimiento, pide paso y reclama su lugar en la historiografía española actual. El lector comprenderá bien que no destaquemos ninguno de los trabajos de los historiadores que aquí aportan su investigación dado su carácter monográfico, pero lo mejor que se puede decir es que, muchas veces, después de haber leído lo que forzosamente son textos muy breves, surgen las ganas de consultar otras investigaciones más extensas de esos autores. Parece que ha sido acertado el criterio de los miembros del Comité organizador al seleccionar las comunicaciones que, por su mayor interés, debían tener mayor extensión —aunque esta sea de sólo 12 páginas— y las que por diversas causas han quedado reducidas apenas a 6 páginas. Con ello quiere decirse que la inmensa mayoría de las comunicaciones «largas» tienen una calidad contrastada, aunque entre ellas, como es inevitable, se haya deslizado algún trabajo de pocas pretensiones y de muy discutible validez. No se puede asegurar con la misma rotundidad, claro está, que sea igualmente merecida la selección de aquellas comunicaciones que han sido comprimidas en 6 páginas, pero en bastantes de ellas se aprecia muy bien porqué se les ha concedido tan corta extensión.

No todo puede ser positivo en este comentario, y espero que se me entienda bien, ya que no pretendo responsabilizar a nadie —ni mucho menos, claro está, a los organizadores del Congreso— de los defectos que se comentaran a continuación, aunque, probablemente, sí sean significativos de algunas carencias de nuestra más reciente historiografía social. En concreto, llama la atención la escasez de trabajos que se dedican a la épocas previas a la contemporaneidad y aún más todavía el reducidísimo número de comunicaciones dedicadas al período de la transición, que es, a decir verdad, la auténtica historia reciente de España, bien que en la historiografía académica nos empeñemos en considerar todavía la época franquista como historia del presente. Estas deficiencias quizá muestran una tendencia de los historiadores sociales españoles que estudian esas épocas —o bien tempranas de nuestra historia o bien muy recientes— a no acercarse a la

Asociación de Historia Social o a no sentirse interesada por los temas de sus Congresos. Esa sería la hipótesis más benévola, porque sería lamentable pensar que el pasado previo a la contemporaneidad o el más reciente no interesa mucho a la comunidad de historiadores sociales españoles. Para decirlo de otra forma, no nos puede dejar satisfechos el que la inmensa mayoría de las comunicaciones sean referidas a lo que habitualmente se considera como periodo contemporáneo. Además, resulta elocuente que más de un tercio de ellas se refieran al periodo de la Restauración. Espero que se comprenda correctamente todo esto que llevo escrito, al margen de corporativismos gremiales, ya que quien escribe estas líneas dedica sus esfuerzos precisamente a investigar sobre los trabajadores no cualificados en el País Vasco durante la Restauración, por lo que me he ha sido extremadamente interesante la lectura de los trabajos contenidos en este libro. Ahora bien, el que un porcentaje tan considerable de las comunicaciones se centre en un período tan específico como el de la Restauración da mucho que pensar sobre los terrenos por los que se mueve la historia social en España. Por el contrario, resulta aleccionador el comprobar que más de un 15% de las comunicaciones —el mismo porcentaje prácticamente que el referido a los periodos de 1808 a 1876 y de 1923 a 1939— se refieran al franquismo, lo que implica que afortunadamente está plenamente asumido como una época «normal» para la investigación historiográfica.

El reducido espacio de aquí disponemos para esta reseña nos impide hacer consideraciones más amplias sobre la distribución de las comunicaciones en función de su adscripción a cada uno de los cuatro temas en que, de forma más o menos convencional, se han agrupado: Estado y movimientos sociales, la protesta popular ante el Estado y los poderes establecidos, asociacionismo y, finalmente, relaciones económicas y conflicto social. Como ya imaginará el lector tras leer estos títulos que forzosamente habían de ser tan genéricos, algunas comunicaciones podían haber figurado indistintamente en uno u otro apartado. Pero no me centraré en estas cuestiones de detalle, sino en una serie de sorpresas que le asaltan al lector al acercarse al conjunto de estas comunicaciones. La primera de esas sorpresas procede de que la historia de género no aparece como enfoque sustantivo y crucial en el conjunto de las comunicaciones, lo que resulta muy llamativo y, ciertamente, no puede ser paliado por el bienintencionado esfuerzo de los organizadores en desarrollar una mesa redonda titulada de modo bien expresivo «La historia de las mujeres ¿es historia social?». En segundo lugar, también resulta significativo que apenas la ponencia de M. Pérez Le-

desma recoja en su esquema teórico las conocidísimas aportaciones a la historia de los movimientos sociales de autores como Tilly o Tarrow, que parecen resultar desconocidos a algunos de comunicantes que se dedican presuntamente a ese tipo de historiografía. Finalmente, y por no hacer prolija esta pequeña relación de carencias, el lector también se sorprende de las pocas comunicaciones que toman como asunto la génesis y desarrollo —o la falta de desarrollo— del Estado social en España, aunque está claro que los organizadores han tomado en cuenta el problema al invitar a un historiador tan conocido como A. Gueslin para tratar de ese tema. Dicho sea también de paso, hay que elogiar la invitación que se hizo por parte del comité organizador a dos historiadores tan interesantes como el anteriormente citado y como F.M.L. Thompson, lo que quizá pueda servir para que sus excelentes trabajos sean más conocidos en España.

Sería injusto no reseñar la excepcional calidad de ponencias que aquí se publican; ya se ha hecho referencia a las de A. Rivera y M. Pérez Ledesma que como otros ponentes del volumen —a los que no citamos por no caer en excesivos detallismos— nunca defraudan al lector y plantean siempre reflexiones estimulantes, que en esta breve reseña ni siquiera podemos discutir. Lo mejor que se puede aconsejar a es que esas ponencias se lean con detenimiento. También resulta relevante encontrar relatores —como P. Gabriel, J. Uría,...— que no se han limitado a pergeñar el acostumbrado resumen romo y monótono de las comunicaciones, sino que se han molestado en realizar un esfuerzo de síntesis y un planteamiento de problemas mucho más original que el que suele ser norma en estas ocasiones. Sin duda, hay que anotar también en el haber de estas actas del Tercer Congreso de la Asociación de Historia Social el que nos ofrezcan las ponencias redactadas por dos auténticos maestros de historiadores —como son A. Domínguez Ortiz y C. Martí— que en momentos muy difíciles hicieron una contribución inestimable al desarrollo de la Historia Social en España. Que la Asociación de Historia Social no haya perdido esa memoria histórica y que, en consecuencia, les haya nombrado socios de honor —como también sucedió en dicho Congreso, de forma póstuma, con el profesor M. Tuñón de Lara— de esta organización y, sobre todo, que aún hoy ambos historiadores hayan dado muestra de lo que es la verdadera sabiduría en dos interesantes escritos supone que se ha intentado paliar una pequeña parte de una inmensa deuda que los tiempos oscuros del franquismo dejaron sin saldar.

Quede pues constancia, en fin, de que los investigadores dedicados a la historia social de la España contemporánea van a encontrar aquí

aportaciones muy sugerentes —en muchos casos procedentes de historiadores jóvenes con una muy sólida formación— que servirán para enriquecer, como ya se ha dicho arriba, la corta pero fecunda trayectoria de la Asociación de Historia Social en el ámbito general de España y también, ya en otro plano, la del Instituto de Historia Social *Valentín de Foronda*.

*Juan Gracia Cárcamo*

«BILBO, MUSIKA-HIRIA. BILBAO. UNA CIUDAD MUSICAL», III Symposium: Bilbao, 700 años de memoria, revista *Bidebarrieta. Anuario de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao*, III, Bilbao, 1998, 404 pp.

Se recogen en este volumen las actas del III Simposio sobre Bilbao en la memoria que fue organizado por el *Bidebarrieta Kulturgunea* y que se inscribe en una corta pero intensa trayectoria iniciada hace ya cuatro años. A un primer simposio dedicado a la historia local, siguió otro que se centró en estudiar la evolución del Arte y el Patrimonio Monumental en esta ciudad. Finalmente, ya en este año de 1999 se ha celebrado un cuarto simposio que ha versado sobre bibliotecas, museos y espacios alternativos. Habría que destacar aquí el interés de estas actividades del *Bidebarrieta Kulturgunea* que junto a muchas otras desarrolladas por esta reciente pero pujante institución han cambiado el panorama cultural bilbaíno —por citar unos pocos ejemplos del año pasado, se pueden recordar las jornadas organizadas por el *Bidebarrieta Kulturgunea* sobre Unamuno y el 98 o las sesiones celebradas con ocasión del centenario del nacimiento de García Lorca y de Brecht. Sería injusto hablar de todo esto en abstracto, olvidando que este conjunto de actividades culturales no hubiera salido adelante sin los esfuerzos de una persona —el catedrático de Historia Contemporánea, Joseba Agirreazkuenaga. Quede, pues, aquí constancia de ello.

Yendo ya en concreto a lo que suponen las Actas del III Simposio editadas en este volumen y que se centraron en la evolución de las actividades musicales desarrolladas en Bilbao a lo largo de su historia, habría que resaltar la agradable sorpresa que supone su lectura para cualquier historiador que esté interesado en lo que desde Chartier solemos llamar —por emplear una expresión habitual, aunque no sé si muy

aportaciones muy sugerentes —en muchos casos procedentes de historiadores jóvenes con una muy sólida formación— que servirán para enriquecer, como ya se ha dicho arriba, la corta pero fecunda trayectoria de la Asociación de Historia Social en el ámbito general de España y también, ya en otro plano, la del Instituto de Historia Social *Valentín de Foronda*.

*Juan Gracia Cárcamo*

«BILBO, MUSIKA-HIRIA. BILBAO. UNA CIUDAD MUSICAL», III Symposium: Bilbao, 700 años de memoria, revista *Bidebarrieta. Anuario de Humanidades y Ciencias Sociales de Bilbao*, III, Bilbao, 1998, 404 pp.

Se recogen en este volumen las actas del III Simposio sobre Bilbao en la memoria que fue organizado por el *Bidebarrieta Kulturgunea* y que se inscribe en una corta pero intensa trayectoria iniciada hace ya cuatro años. A un primer simposio dedicado a la historia local, siguió otro que se centró en estudiar la evolución del Arte y el Patrimonio Monumental en esta ciudad. Finalmente, ya en este año de 1999 se ha celebrado un cuarto simposio que ha versado sobre bibliotecas, museos y espacios alternativos. Habría que destacar aquí el interés de estas actividades del *Bidebarrieta Kulturgunea* que junto a muchas otras desarrolladas por esta reciente pero pujante institución han cambiado el panorama cultural bilbaíno —por citar unos pocos ejemplos del año pasado, se pueden recordar las jornadas organizadas por el *Bidebarrieta Kulturgunea* sobre Unamuno y el 98 o las sesiones celebradas con ocasión del centenario del nacimiento de García Lorca y de Brecht. Sería injusto hablar de todo esto en abstracto, olvidando que este conjunto de actividades culturales no hubiera salido adelante sin los esfuerzos de una persona —el catedrático de Historia Contemporánea, Joseba Agirreazkuenaga. Quede, pues, aquí constancia de ello.

Yendo ya en concreto a lo que suponen las Actas del III Simposio editadas en este volumen y que se centraron en la evolución de las actividades musicales desarrolladas en Bilbao a lo largo de su historia, habría que resaltar la agradable sorpresa que supone su lectura para cualquier historiador que esté interesado en lo que desde Chartier solemos llamar —por emplear una expresión habitual, aunque no sé si muy

afortunada— *historia cultural de lo social*. En efecto, aquí se encuentran algunos textos —pienso en los escritos que recogen las ponencias presentadas por autores como W. de Wall, J. Enríquez, C. Rodríguez...— que tienen una calidad excepcional y que pueden aspirar a estar presentes en cualquier coloquio internacional de Historia de gran nivel. Dicho sea de paso, habrá que reconocer el carácter internacional que tuvo de facto este Simposio, ya que, aunque el castellano sea el idioma en que están mayoritariamente escritas la mayoría de las ponencias y comunicaciones, hay también textos en inglés, francés...

Siguiendo con los méritos que deben destacarse en las actas de este simposio, habría que señalar cómo varios de los ponentes contribuyen a criticar un mito que casi todos los contemporaneístas hemos considerado como una verdad indiscutible e indiscutida. Tal mito se refiere a que Bilbao tiene una intensa tradición musical desde finales del XIX, casi en paralelo con el despegue demográfico y económico que vivió la ciudad a partir de los años 80 del siglo pasado. Las mejores de las ponencias que aquí se editan vienen a demostrar que ese mito pertenece al imaginario del Bilbao «excesivo» —el de «la ría prodigiosa»— de la primera industrialización. Como todos sabíamos desde hace tiempo —aunque, recientemente y de modo oportuno, J. Juaristi acaba de volver a recordarlo con la reedición de su libro *El chimbo expiatorio*— a finales del XIX y comienzos del XX se inventó una tradición en Bilbao, una tradición que siguiendo una vieja terminología, ya en desuso, podíamos decir que ha sido «de larga duración». Dentro de esa tradición, se daba por supuesto que Bilbao desde finales del XIX constituyó una especie de Viena del Cantábrico, donde proliferaron las actividades musicales de una burguesía emergente. Todo esto suponía que en el Bilbao preindustrial no había existido ningún fomento de la actividad musical, por lo que, por ejemplo, la figura de un compositor como Arriaga suponía, más que una contradicción, un enigma. Afortunadamente, las ponencias aquí presentadas vienen a insistir en que diversas instituciones bilbaínas desde los comienzos de la Edad Moderna se preocuparon por impulsar las actividades artísticas de carácter musical, aunque, claro está, esto toma especial importancia en la época ilustrada. A partir de esta trayectoria se entiende mejor el supuesto —y cuestionable— «despegue» de las actividades musicales a finales del XIX y comienzos del XX.

Como es obligado, y casi ritual en una reseña, no sólo se deben anotar los aspectos positivos, sino también reflejar las carencias que aquí se advierten, y que adelanto ya al lector, son pocas. En tal sentido, es una lástima que los autores de algunas comunicaciones destinadas a

estudiar la música bilbaína en la época de la primera industrialización no hayan mostrado la capacidad de análisis crítico puesta de manifiesto por ponentes que han investigado sobre la trayectoria musical del Bilbao anterior a 1880. Espero que esto se comprenda de forma cabal y no se considere una crítica a los organizadores de este interesante Congreso, que evidentemente sólo son responsables de los ponentes que fueron invitados a este coloquio científico. Lo cierto es que la diferencia que se advierte entre algunas ponencias y algunas comunicaciones es muy considerable. Sin embargo, lo más relevante es que aquí haya ponencias escritas por musicólogos que caben perfectamente en los márgenes de la mejor historia social que se hace en la actualidad —contrariamente a lo que suele ser habitual cuando se hace historiografía por científicos, periodistas... que suelen limitarse a la mera crónica bienintencionada o, en el mejor de los casos, al ingenuo relato positivista. Claro está que en este volumen hay también comunicantes que se han limitado a extraer documentos archivísticos o hemerográficos, de forma un tanto primitiva, para escribir una crónica sin más u otros que se han limitado a ofrecer un aproblemático relato de acontecimientos anecdóticos... Pero esto ya es algo común en muchos Congresos históricos, incluso de muy alto nivel, y que debe contemplarse de forma tolerante en la medida en que sus autores sean jóvenes historiadores o personas que no tienen formación historiográfica. Repito lo dicho arriba; esto último no resulta en absoluto significativo, pero sí lo es que algunos ponentes hayan elaborado brillantes reflexiones historiográficas sobre el desarrollo musical en Bilbao partiendo, por ejemplo de los análisis de Bourdieu o de otros científicos sociales importantes en la actualidad.

También el lector se encontrará con una sorpresa agradable si lee las páginas que transcriben el intenso debate mantenido por algunos cantantes e instrumentistas adscritos a lo que antiguamente se llamaba música «folk», ya que las consideraciones que aquí se pueden leer resultan muy interesantes para conocer la historia —y el presente— musical de Bilbao, al margen de que sirven para mostrar que algunos músicos, además de ser brillantes en su exposición, elaboran también reflexiones muy sugerentes. De igual forma, testimonios que en parte son autobiográficos —como el de R. Blasco— resultan atractivos, ya que no son pretenciosos, y si se leen como fuente documental tienen una gran frescura y sabor de época.

Finalmente, completa este tercer número de la revista *Bidebarrieta* una sección miscelánea sobre temas diversos relacionados con el pasado y el presente de Bilbao y que está compuesta por colaboraciones

de varios autores. Aquí también se observa una gran variedad de enfoques, aunque todos ellos muy interesantes. Así, entre las lúcidas reflexiones en clave antropológica de J. Zulaika sobre el Bilbao actual hasta los vívidos testimonios autobiográficos reelaborados por M. Brancas, que se caracterizarían por su vocación para servir a una sociología e historia de las mujeres, hay obviamente una gran diferencia de índole temática y de concepciones epistemológicas. Ya en otro plano, más estrictamente historiográfico, hay que constatar cómo pertenecen también a distintas tendencias el excelente ensayo de J. Agirreazkuenaga sobre la sociabilidad en el Bilbao de la primera mitad del XIX —que está basado, como no podía ser menos, en la tradición inaugurada por M. Agulhon— y el notable estudio de R. Ruzafa sobre el ayuntamiento republicano en el Bilbao de 1873. Este último trabajo sigue las pautas de una corriente caracterizada por un gran auge en los últimos años y que, por emplear una expresión cómoda, ha venido en llamarse «historia social de la política». En cualquier caso, tanto la historia de la sociabilidad en Bilbao como la historia del republicanismo local son asuntos que han sido descuidados por la historiografía de esta ciudad y que merecen atención aún mayor, siguiendo las atinadas observaciones aquí apuntadas por los profesores Agirreazkuenaga y Ruzafa.

En resumen, los historiadores encontrarán en este volumen una gran variedad de perspectivas que, casi sobra el decirlo, caracteriza como nota distintiva sustancial a la historiografía actual y ello tanto en lo que se refiere al III Simposio sobre «Bilbao: 700 años de memoria» como a la sección miscelánea. En cualquier caso —e independientemente de las preferencias historiográficas del autor de esta reseña y de sus eventuales lectores— esa pluralidad de perspectivas es enriquecedora y significa algo que era impensable en Bilbao hace cuatro años. Hubiera parecido una quimera pensar entonces en que existiera hoy una revista en esta ciudad donde tuvieran cabida aportaciones de historiadores y de otros científicos sociales con este nivel de calidad y en que se recogieran los frutos de Congresos tan interesantes como el que hemos comentado. Sólo cabe esperar que el ayuntamiento de Bilbao siga mostrando su apoyo a unas iniciativas culturales tan importantes como estas que desarrolla el *Bidebarrieta Kulturgunea* y que suponen un oasis espléndido frente al abrumador desierto cultural que dominaba la ciudad en este aspecto apenas hace unos años.

BLASCO IBÁÑEZ, V., *El intruso* (introducción y edición a cargo de M. Montero), Bilbao, 1999, 319 pp.

Resulta muy significativo que la mejor novela —por no decir, «la novela»— sobre la llamada primera industrialización vasca no fuese publicada por ningún escritor vasco sino por un autor valenciano: en concreto, por Vicente Blasco Ibañez, que, dicho sea de paso, apenas estuvo unas semanas en el País Vasco. Esta aparente paradoja se podría explicar por muchos motivos. Sería muy fácil —demasiado fácil— acudir al manido tópico según el cual los observadores foráneos captan mejor las claves de complejos procesos sociales que las personas implicadas en ellos. Pero no es cuestión de recurrir a lugares comunes, para los que, como es obvio, se podrían encontrar abundantes ejemplos en sentido contrario. Es mucho más sencillo reconocer que Blasco Ibañez era un escritor que conocía muy bien su oficio y al que caracterizaba una capacidad creativa que estaba a años luz de la que distinguía a la inmensa mayoría de los literatos vascongados de la época. Entiéndase bien lo anterior. No quiero decir que esos escritores que vivieron la primera industrialización vasca carezcan hoy, incluso en su ñoñería, de cierto interés para el investigador histórico o filológico: de hecho, J. Juaristi ha publicado, estudiando algunos de ellos, un brillante libro que ha sido objeto de reedición hace poco tiempo. Pero, sinceramente, nadie podría elogiar a estos benémeritos autores vascongados pretendiendo que fueran lo que antiguamente se llamaba escritores «de raza». Por el contrario, Blasco Ibañez era un auténtico novelista que atrapaba la atención del lector y aun hoy lo sigue haciendo en no pequeña medida.

Y ello pese a que *El intruso* no sea su mejor novela. Además Blasco, que siempre fue visto con cierta prevención por los intelectuales, tampoco «está de moda» entre el gran público, salvo que algún improbable programa televisivo, dados los tiempos que corren, consiga lo contrario. Sin embargo, sus páginas sobre el Bilbao de comienzos del siglo xx atraen a cualquier lector curioso —al margen de las específicas preocupaciones de filólogos o historiadores— como sucede también con las de Unamuno... y pocos escritores más. No figuran precisamente entre ellos, salvo excepciones que no invalidan la norma, la mayoría de los escritores vascongados que se quedaron en su tierra. De más está decir que nos estamos refiriendo a los literatos vascos que escribieron en castellano, porque, para ser benévolos, no merece ni siquiera mencionar lo que los escritores de ficción euskaldunes publicaron en lengua vasca acerca del mundo de la primera industrialización vasca. No tendría mucho sentido seguir alabando las virtudes de esta novela que incluye algunas de las pá-

ginas más vibrantes escritas sobre el País Vasco industrial y urbano en el siglo xx. Intentar registrar aquí los méritos de esta obra de Blasco no podría conducir más que a una insulsa pedantería o a una pretenciosa ignorancia. Lo único que se puede hacer, pues, es recomendar encarecidamente que lean esta apasionante novela a los que quieran aproximarse de una forma apasionante y apasionada a un mundo de hace cien años, ya definitivamente perdido, como es el de la primera industrialización vasca.

Dicho esto, nos dedicaremos a comentar con más atención las características de esta edición que ha estado a cargo de Manuel Montero, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco. No se puede ocultar la inicial extrañeza ante que esta excelente edición de la novela de Blasco preparada por M. Montero aparezca apenas tres años después de otra a cargo del profesor J. Corcuera —también magnífica, por otra parte. Todo esto resulta aparentemente sorprendente cuando se tiene en cuenta la ausencia de ediciones accesibles de esta obra durante muchos años, incluyendo en ellos los posteriores al franquismo. En efecto, hay que tener en cuenta que tras el éxito inicial de esta novela de Blasco, que perduró durante el primer tercio del xx, siguió un comprensible retraimiento de ediciones durante la época franquista y no tan explicable en el post franquismo, de modo que hasta hace poco tiempo apenas se disponía de ella en la célebre colección de las Obras Completas de este escritor valenciano publicada en la editorial Aguilar. En realidad, la extrañeza apuntada arriba ante la dos cercanas reediciones de la obra de Blasco anotadas por J. Corcuera y por M. Montero tiene probablemente una explicación sencilla cuando se tienen en cuenta dos circunstancias. En primer lugar, que la edición que corrió a cargo del profesor Corcuera estaba incluida en una colección destinada, en principio, a bibliófilos, y por tanto de difusión restringida; la edición preparada por M. Montero está dirigida al gran público en el que, sin duda, pensaba Blasco cuando escribió su obra. En segundo lugar, cabe pensar también que cuestiones más prosaicas, como, por ejemplo, las relativas a derechos de autor tampoco sean ajenas a este súbito interés por reeditar la obra de Blasco Ibañez. Sea como sea, lo cierto es que no estarán nunca de sobra nuevas ediciones de obras escritas por este gran novelista.

No es este el lugar de señalar los méritos del profesor Montero, que pese a su relativa juventud —y al margen de haber escrito varios volúmenes divulgativos sobre la historia del País Vasco— es el historiador actual que más libros ha publicado —cuatro o cinco, si la memoria no me falla— y en menos tiempo —en diez años, desde 1989 hasta hoy— ha escrito sobre la situación social y económica del País Vasco durante el periodo en que se sitúa la obra de Blasco —años finales del xix e inicia-

les del xx. Pero claro está, estas cosas no se miden sólo —ni tan siquiera principalmente— por la cantidad. Lo más importante aquí es destacar que M. Montero ha sido el historiador que ha escrito las mejores páginas de historia social —en concreto, dentro de su libro *La California del Hierro*— sobre la época a la que se refiere *El Intruso*. Dicho esto, lo que nadie tampoco puede discutir a M. Montero es el que sea, sin la menor duda, el mejor conocedor de las fuentes hemerográficas del periodo; fuentes, que no están citadas aquí de forma erudita, lo que se explica por las características de la edición que comentamos, pero están constantemente presentes en esta introducción que precede a la obra de Blasco. En cualquier caso, y por si esto no fuera ya mucho, lo que nadie puede disputar —al margen incluso de cualquier tipo de conocimientos históricos— al profesor Montero es su condición de ser, con mucha diferencia, el historiador vasco actual que mejor conoce y domina el difícil arte de escribir, algo que los historiadores solemos descuidar en exceso. La obra de Vicente Blasco Ibañez se merecía una introducción que fuera obra no sólo de un experto historiador sino también un auténtico escritor y no de un rancio erudito, más o menos docto, pero escasamente legible. Afortunadamente, M. Montero no sólo es un gran historiador sino también un excelente escritor, tal y como queda demostrado en la introducción a esta novela.

El lector cuenta en las treinta páginas que anteceden a la novela de Blasco con la mejor síntesis existente sobre el mundo social de Bilbao y su entorno durante el periodo que transcurre entre 1890 y 1903. Esta introducción pretende ser útil al lector no especializado, aunque también los historiadores profesionales encontrarán en ella algún aspecto que les será desconocido y, sobre todo, se darán cuenta de cómo se deben divulgar con la máxima claridad, sin demérito del rigor, unos conocimientos que se han ido elaborando por parte del autor de esas páginas durante más de veinte años. En efecto, en esta introducción el profesor Montero repasa de forma panorámica las principales cuestiones de la historia económica, social, política, cultural... del periodo. No estará de más el señalar que se trata de una etapa histórica bien estudiada en la historiografía vasca desde hace varios decenios con estudios pioneros como los de M. González Portilla, J. P. Fusi, J. Corcuera... Es una época sobre la que, afortunadamente, siguen acumulándose tesis doctorales y trabajos de investigación que van desde las formas más clásicas de la historia social y política hasta las versiones más sofisticadas de la historia económica y demográfica. Aunque, a decir verdad, muchos de esos estudios tan documentados no llegan a descubrir claves que, de forma modesta pero con gran intuición, ya avanzó hace más de medio

siglo un historiador *amateur*, que no aspiraba a ser mucho más que un cronista; me estoy refiriendo obviamente a Ybarra y Bergé.

M. Montero no ha incurrido en un defecto ya habitual al referirse a esta novela como es el tratar de identificar de forma categórica a los personajes de *El intruso* con algunos conocidos personajes del Bilbao de la época. Está claro que Blasco no se esforzó mucho en disimular los rasgos que poseía en común su personaje del doctor Aresti con el célebre doctor Areilza —sobre el que, sigue existiendo todavía hoy un culto hagiográfico que podría ser fácilmente cuestionado mediante una lectura rápida del semanario la *Lucha de Clases*, cuyas páginas, por cierto, son utilizadas a menudo por M. Montero en esta introducción. Ahora bien, lo que está claro es que el doctor Aresti manifiesta en el libro escrito por Blasco Ibañez algunas ideas que cuadran mejor con otros médicos de ideología republicana del Bilbao de la época, médicos que parecen ser menos conocidos, o incluso ignorados, por ciertos historiadores supuestamente sofisticados que se precian de su erudición. También M. Montero acierta plenamente cuando se niega a identificar al industrial Sánchez Morueta con Chávarri, Sota... o cualquiera de los otros grandes magnates del Bilbao de la época, ya que este novelista valenciano se tomó el trabajo de crear un personaje en el que conflúan cualidades que correspondían a diferentes industriales. En todo caso, y a pesar de que Blasco escribiera novela realista o naturalista, por emplear la terminología de la época, habrá que recordar —y en ello insiste también el profesor Montero— que *El intruso* es una novela. Ello quiere decir, para expresarlo de manera franca, y aunque sea una obviedad, que como toda obra literaria. *El Intruso* no pretende representar fielmente la realidad. No es cuestión de extenderse en cuestiones que, por ejemplo, hace ya tiempo expuso magistralmente Gombrich en relación con el arte que consideramos habitualmente como realista. Sólo debe ser recordado para no caer en ingenuos argumentos que pretenden convertir a esta singular novela en una especie de documento de archivo o de texto hemerográfico. Y ello a pesar de, como es bien sabido, el postestructuralismo se ha encargado de mostrarnos que tampoco estas últimas representaciones del pasado son precisamente trasuntos fidedignos de tiempos ya extinguidos.

Ahora bien, lo anterior no es óbice para reconocer que resulta difícil a un lector actual el disfrutar de esta novela si no posee un buen conocimiento histórico acerca de la realidad bilbaína y vasca de esa época. Para atender a este objetivo M. Montero ha trazado una brillante aproximación a los rasgos fundamentales del periodo, donde se reflejan tanto las carencias de la clase obrera —y más aún de los trabajadores no cualificados de las minas— como los esplendores de la emergente gran burguesía.

En este cuadro de época, trazado de forma precisa por M. Montero, no faltan tampoco las referencias al marco político —como, por ejemplo, al caciquismo de la Piña— o las alusiones al contexto sociocultural como sucede con el renacer del catolicismo, singularizado en el «intrusismo» de los jesuitas para Blasco Ibañez. En este cuadro no podían faltar dos movimientos sociales, ya entonces enfrentados: el nacionalismo bizkaitarra de S. Arana y el socialismo «maketo» de F. Perezagua. En fin, todo esto está muy bien explicado, y de forma clara, por Manuel Montero, al contrario de lo que sucede en la descripción que se hace del periodo en algunos manuales recientes sobre Historia del País Vasco que confunden el rigor con la acumulación indigesta de datos confusos.

No es fácil poner objeciones al modélico trabajo escrito por el profesor M. Montero porque no es habitual reseñar trabajos como éste en que se disfrute tanto de su lectura. Puestos a ponerse quisquillosos, se podría aludir a dos, aunque ya adelanto que son de índole menor y que tampoco se pueden imputar de forma directa al autor. La primera hace referencia a que no aparezca al final de la introducción una breve referencia bibliográfica que ayuden a aquellos lectores que estén interesados en ello a profundizar en el conocimiento de la sociedad vasca de la época, aunque esto se explique probablemente por las características de la edición. La segunda objeción no es ni siquiera una objeción; cuando se leen estas páginas sobre la historia del País Vasco a comienzos del xx se echa en falta la existencia de un buen manual sobre la evolución del País Vasco a lo largo del siglo xx. El profesor Montero ya escribió hace pocos años uno excelente sobre el siglo xix; podría animarse a escribir su continuación natural atendiendo a lo que pronto será ya «el pasado» siglo xx. De hecho, con lo ha escrito en la introducción de este volumen ya tiene elaborado el primer capítulo.

*Juan Gracia Cárcamo*

JON LETAMENDI y JEAN-CLAUDE SEGUIN: *Los orígenes del cine en Alava, Bizkaia y Gipuzkoa y sus pioneros* (3 vol.). Filmoteca Vasca, Vitoria, Bilbao y San Sebastián 1997 y 1998.

Jon Letamendi y Jean-Claude Seguin han dedicado tres libros, tantos como provincias, a los orígenes del cine en el País Vasco. Han abordado explícitamente el período 1895-1898, aunque incorporando los espectáculos precinematográficos y comentando el desarrollo inme-

En este cuadro de época, trazado de forma precisa por M. Montero, no faltan tampoco las referencias al marco político —como, por ejemplo, al caciquismo de la Piña— o las alusiones al contexto sociocultural como sucede con el renacer del catolicismo, singularizado en el «intrusismo» de los jesuitas para Blasco Ibañez. En este cuadro no podían faltar dos movimientos sociales, ya entonces enfrentados: el nacionalismo bizkaitarra de S. Arana y el socialismo «maketo» de F. Perezagua. En fin, todo esto está muy bien explicado, y de forma clara, por Manuel Montero, al contrario de lo que sucede en la descripción que se hace del periodo en algunos manuales recientes sobre Historia del País Vasco que confunden el rigor con la acumulación indigesta de datos confusos.

No es fácil poner objeciones al modélico trabajo escrito por el profesor M. Montero porque no es habitual reseñar trabajos como éste en que se disfrute tanto de su lectura. Puestos a ponerse quisquillosos, se podría aludir a dos, aunque ya adelanto que son de índole menor y que tampoco se pueden imputar de forma directa al autor. La primera hace referencia a que no aparezca al final de la introducción una breve referencia bibliográfica que ayuden a aquellos lectores que estén interesados en ello a profundizar en el conocimiento de la sociedad vasca de la época, aunque esto se explique probablemente por las características de la edición. La segunda objeción no es ni siquiera una objeción; cuando se leen estas páginas sobre la historia del País Vasco a comienzos del xx se echa en falta la existencia de un buen manual sobre la evolución del País Vasco a lo largo del siglo xx. El profesor Montero ya escribió hace pocos años uno excelente sobre el siglo xix; podría animarse a escribir su continuación natural atendiendo a lo que pronto será ya «el pasado» siglo xx. De hecho, con lo ha escrito en la introducción de este volumen ya tiene elaborado el primer capítulo.

*Juan Gracia Cárcamo*

JON LETAMENDI y JEAN-CLAUDE SEGUIN: *Los orígenes del cine en Alava, Bizkaia y Gipuzkoa y sus pioneros* (3 vol.). Filmoteca Vasca, Vitoria, Bilbao y San Sebastián 1997 y 1998.

Jon Letamendi y Jean-Claude Seguin han dedicado tres libros, tantos como provincias, a los orígenes del cine en el País Vasco. Han abordado explícitamente el período 1895-1898, aunque incorporando los espectáculos precinematográficos y comentando el desarrollo inme-

diatamente posterior del nuevo arte. Los tres volúmenes y los que anuncian requerirán la crítica especializada de los historiadores del cine. Estas páginas se limitan a las reflexiones que las tres obras merecen al historiador de la Epoca Contemporánea en general y de lo social en particular. No hace falta valorar las enormes implicaciones sociales del cine, algunas de las cuales tocan Letamendi y Seguin.

No vamos a criticar la estructura de la trilogía, por más que incurra en repeticiones y algunas contradicciones. Partiremos del hecho de la autonomía de cada libro, aunque el dedicado a Vizcaya resulte el central, y no sólo por orden de publicación. Las explicaciones técnicas sobre los espectáculos precinematográficos (linterna mágica, panoramas y derivados, visores estereoscópicos...), los aparatos que potenciaron la percepción del movimiento continuo (praxinoscopio y derivados) y la búsqueda del movimiento por la fotografía (kinetoscopio Edison) son deliciosas. Las ilustraciones, tomadas de fuentes, contribuyen decisivamente a la comprensión del proceso que culmina con el cinematógrafo/s.

Los autores abordan la llegada de esos fenómenos al País Vasco, sobre todo a Bilbao en el caso de los precinematográficos. El análisis por el que incluyen al cine dentro de la tradición de asistencia a espectáculos ambulantes llamativos es brillante. El recorrido sistemático por el ferial bilbaíno de agosto desde su formación en 1879 hasta 1898, aunque comentado por otros historiadores como Manuel Montero, es ejemplar. Se echan de menos acercamientos a otras localidades, aunque no vamos a pedir a los historiadores del cine miradas de conjunto sobre el país que apenas ha acometido la historiografía de los social.

En cambio trataremos algo que, soslayado por los autores, puede inducir a error metodológico. Centrándose en las tres capitales (la referencia a Irún es anecdótica) obvian que en todo momento hablan de fuentes documentales, gustos y públicos exclusivamente urbanos. Lo mismo ocurre con la estacionalidad que afecta a las ferias o la temporada de baños. Así imitan a los pioneros del cine, que dejaron al margen a la mayor parte de la población vasca y española, todavía rural. También ¿o no? a las áreas industriales vizcaínas y guipuzcoanas. Las relaciones entre la pujante urbanización y el medio rural mayoritario, empezando por las culturales que puede y debe representar el cine, resultan cruciales en el momento histórico de la década de 1890 y nos son casi desconocidas en el País Vasco.

Un problema menor en comparación pero trascendente para la historia social es la composición del variopinto público urbano que acude

a la novedad ambulante. En el libro dedicado a Guipúzcoa se comenta que desde 1897 se asistió a una fuga a nivel internacional de las clases acomodadas y a la invasión del público popular, coincidiendo con el traslado de los teatros a las barracas de feria. Antes había ocurrido con las romerías. Más allá del cine, entendemos importantísimo conocer los repertorios que motivaban a una población urbana que nos resistimos a percibir confundida.

Casi como de pasada los historiadores mencionan la diversidad de opiniones entre el público popular y el integrista *Diario de Alava* ante una proyección *picante* en Vitoria en 1896. Más que a diferencias de clase, lanzamos la hipótesis de las diferencias en el resbaladizo terreno de la moral entre clericales y liberales, en sentido amplio. Letamendi y Seguin mencionan también los pases en el no por acomodado menos bohemio Kurding Club o las exhibiciones privadas de Antonino Sagarminaga, presidente de la Sociedad El Sitio, en Bilbao. Otras consideraciones merece la prohibición gubernativa del inocente panorama de *La Voz de Vizcaya* en 1898 por incluir vistas militares.

La tendencia a la popularización responde a las nuevas pautas de la sociedad de masas, entre ellas la mercantilización del ocio. Recordemos que los pioneros se anuncian en la prensa. Los autores constatan la rentabilidad creciente del negocio y señalan que el éxito de los Lumiére sobre sus competidores se basó en su sólida red de comercialización desde Lyon. Conceptos del capitalismo industrial al que el cine va indisolublemente ligado. Letamendi y Seguin apuntan además la rapidez de difusión de este arte industrial por toda Europa, espacio donde contextualizan certeramente el ámbito vasco. El cinematógrafo es el rey del ferial bilbaíno, al que acuden todos los pioneros españoles, para 1898.

Sorprendentes, y más en libros escritos en castellano, resultan epígrafes del tipo «las primeras vistas tomadas por un euskaldún» o «Donostia: eje turístico de Hegoalde». Política e históricamente genera suspicacias denominar *bizkaitarras* a los vizcaínos de nada menos 1895-98. Lo achacamos a cierto afán de resultar simpáticos a los mecenas, incompatible en ocasiones con el rigor. En cualquier caso, lo que conviene destacar es la aportación desde la historia del cine a nuevos elementos que confirman la aceleración del tiempo histórico y la inclusión en los circuitos económicos internacionales del País Vasco en los comienzos de la edad de las masas.

DÍAZ NOCI, Javier. *Euskal kazetaritzaren historia*.— Donostia: Eusko Ikaskuntza, 1999, <http://suse00.su.ehu.es/ephtm>.

La obra que presentamos es el primer libro electrónico académico original, sin versión impresa, del País Vasco. Probablemente sea también el primer libro académico en euskara que se edita en versión electrónica y abre la sección de libros electrónicos de la Mediateka de la Sociedad de Estudios Vascos - Eusko Ikaskuntza. Esta iniciativa de la SEV-EI supone una apuesta por las nuevas tecnologías y por otra parte inaugura una ruta que previsiblemente deberán comenzar a transitar las universidades e instituciones culturales que no tienen capacidad financiera para imprimir todos los libros y materiales que producen. Por otra parte, la facilidad e inmediatez para la actualización de los trabajos ofrece una gran ventaja, como muestra desde hace un tiempo la revista electrónica de historia contemporánea *Hispania Nova*, impulsada por los profesores Julio Aróstegui y Angel Martínez de Velasco, que ha sido pionera en nuestro país.

El autor de la obra que comentamos es el profesor del Departamento de Periodismo II de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación de la Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea, Javier Díaz Noci. Licenciado en Ciencias de la Información y doctorado en Historia ha realizado numerosos trabajos de investigación a caballo entre estas dos especialidades, todos ellos referidos a la historia de la prensa. A esta dedicación, en estos últimos años, ha sumado su interés por las nuevas tecnologías y su uso en la prensa, en la difusión y en la investigación en ciencias sociales, como muestran sus últimas publicaciones.

En esta ocasión el libro que nos ocupa auna en buena medida los intereses científicos señalados. Se trata de una historia del periodismo en euskara a la cual ha dado soporte electrónico. El tema, como decíamos, es el periodismo en euskara pero entendido en un sentido amplio, es decir, referido no solo a la prensa escrita, sino también a la radio, televisión, internet, etc. Abarca toda su historia, desde la primera publicación, *Jaun Dauphin cenaren eritassouneco circunstancia berecien errelacionea*, impresa en 1766 por Jean Fauvet en Bayona, hasta las publicaciones aparecidas el año 1998.

En este volumen se reúnen los resultados de diez años de investigaciones que en parte ya habían sido publicados. En primer lugar, su tesis doctoral, publicada por la Sociedad de Estudios Vascos - Eusko Ikaskuntza en 1995, con el título *Euskal prentsaren sorrera eta garapena, 1834-1936* (El nacimiento y desarrollo de la prensa en euskara). Y en

segundo, la investigación financiada por Sociedad de Estudios Vascos - Eusko Ikaskuntza, publicada en 1995, con el título *Euskal aldizkari, almanaka eta egutegiaren errolda (1834-1959)* (Relación de los diarios, almanques y revistas en euskara). En este volumen ha refundido estos dos trabajos, actualizando su ortografía y su sintaxis según las últimas reglas de Euskaltzaindia, y prolongado su investigación hasta el presente. Por tanto, este trabajo viene a representar la conclusión de una serie de trabajos sobre el periodismo en euskara que cristalizan en una obra que podemos considerar como definitiva en relación con esta materia.

La obra se divide en siete partes, que a su vez se subdividen en capítulos. La primera parte se refiere al nacimiento de la prensa en euskara y abarca el periodo comprendido entre 1766 y 1848. A su vez, se subdivide en tres capítulos referidos a los precedentes, a la aparición del euskara en la prensa y a los almanques. La segunda parte se ocupa del surgimiento de la prensa moderna en euskara y abarca el periodo anterior a la finalización de la I Guerra Mundial. En esta parte encontramos nueve capítulos referidos a la prensa de los emigrantes vascos en América, a la prensa en euskara en el País Vasco francés, a las publicaciones culturales, al diario *Euskalduna*, a la figura de Azkue y su relación con el periodismo, a la de Sabino Arana y la prensa nacionalista, al periodismo nacionalista posterior a la muerte de S. Arana, a los periódicos en euskara no nacionalistas de los primeros años del s. XX, a la prensa religiosa y a la prensa con temática agraria. La tercera parte se titula la culminación de la prensa en euskara y abarca el periodo que va desde el final de la Gran Guerra a la Guerra Civil española. Ocupa siete capítulos que hablan de la institucionalización del euskara y la nueva época de la prensa, de la publicación de *Argia*, de la prensa religiosa de este periodo, de la prensa nacionalista, de la prensa del País Vasco francés del periodo de entreguerras, de los comics en euskara y de la radio en euskara. La cuarta parte se titula la prensa vasca en la guerra civil y tiene dos capítulos. Uno referido a la Guerra Civil y la prensa en euskara y otro al diario *Eguna*. La quinta parte se refiere a la prensa en euskara en el periodo comprendido entre la Guerra Civil española y la II Guerra Mundial. Contiene tres capítulos que nos hablan de la prensa después de la Guerra Civil, los medios de comunicación en euskara en tiempo de la II Guerra Mundial y la prensa de los años 1945-1949. La sexta parte se titula la prensa en euskara en el franquismo y tiene dos capítulos. Los medios de comunicación en euskara antes de 1960 y después de esta fecha. La última parte se refiere a la prensa en euskara hoy en día y ocupa seis capítulos. El primero de ellos

habla de los medios escritos que introducen el euskara en sus páginas. El segundo del surgimiento de la radio y televisión vasca (EITB). El tercero del único diario integramente publicado en euskara, *Egunkaria* y de los intentos anteriores. El siguiente de las revistas de ciencia y cultura. El quinto de los medios de comunicación locales en euskara. Y el último de los medios de comunicación en euskara en Internet.

A este extensísimo repaso por el periodismo en lengua vasca acompaña en este trabajo la recopilación de la práctica totalidad de las publicaciones en euskara o bilingües, desde la primera ya citada hasta las últimas ediciones electrónicas de periódicos que han aparecido el pasado año. Asimismo se recoge un completísimo índice cronológico como apéndice. Si a partir de la edición electrónica se realizase una versión impresa ocuparía unas 300 páginas.

Desde el punto de vista técnico podemos señalar algunas ventajas para su consulta. Su soporte electrónico abre interesantes posibilidades para la lectura y consulta de la obra. Aprovecha las posibilidades del hipertexto con lo que da la posibilidad de acceder directamente a través de enlaces a los restantes puntos del capítulo, a otros capítulos de la misma parte o a otras partes de la obra. De modo que se puede realizar con comodidad y rapidez una lectura saltada del libro. La dirección electrónica donde se puede encontrar es: <http://suse00.su.ehu.es/ephtm>.

Mikel Urquijo Goitia

Paul PRESTON, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo xx*, Barcelona, Península, 1997. 314 pp. ISBN: 84-8307-075-8

Preston no es sólo uno de los hispanistas más conocidos del gran público, sino también un autor de prestigio consolidado, gracias, entre otras aportaciones, a su monumental biografía política del general Franco—sin discusión, la más polémica, densa y completa hasta la fecha—y a su obra *La destrucción de la democracia en España*, una magnífica síntesis sobre la lucha por el poder entre el socialismo y la CEDA durante la Segunda República, con el trasfondo de la crisis social y económica de los años treinta, y hoy, quizás, un poco injustamente olvidada en el mundillo del contemporaneísmo español.

Con tan señeros precedentes, cabe advertir que, en este caso, nos encontramos ante una obra menor del autor. *La política de la venganza*

habla de los medios escritos que introducen el euskara en sus páginas. El segundo del surgimiento de la radio y televisión vasca (EITB). El tercero del único diario íntegramente publicado en euskara, *Egunkaria* y de los intentos anteriores. El siguiente de las revistas de ciencia y cultura. El quinto de los medios de comunicación locales en euskara. Y el último de los medios de comunicación en euskara en Internet.

A este extensísimo repaso por el periodismo en lengua vasca acompaña en este trabajo la recopilación de la práctica totalidad de las publicaciones en euskara o bilingües, desde la primera ya citada hasta las últimas ediciones electrónicas de periódicos que han aparecido el pasado año. Asimismo se recoge un completísimo índice cronológico como apéndice. Si a partir de la edición electrónica se realizase una versión impresa ocuparía unas 300 páginas.

Desde el punto de vista técnico podemos señalar algunas ventajas para su consulta. Su soporte electrónico abre interesantes posibilidades para la lectura y consulta de la obra. Aprovecha las posibilidades del hipertexto con lo que da la posibilidad de acceder directamente a través de enlaces a los restantes puntos del capítulo, a otros capítulos de la misma parte o a otras partes de la obra. De modo que se puede realizar con comodidad y rapidez una lectura saltada del libro. La dirección electrónica donde se puede encontrar es: <http://suse00.su.ehu.es/ephtm>.

Mikel Urquijo Goitia

Paul PRESTON, *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo xx*, Barcelona, Península, 1997. 314 pp. ISBN: 84-8307-075-8

Preston no es sólo uno de los hispanistas más conocidos del gran público, sino también un autor de prestigio consolidado, gracias, entre otras aportaciones, a su monumental biografía política del general Franco—sin discusión, la más polémica, densa y completa hasta la fecha—y a su obra *La destrucción de la democracia en España*, una magnífica síntesis sobre la lucha por el poder entre el socialismo y la CEDA durante la Segunda República, con el trasfondo de la crisis social y económica de los años treinta, y hoy, quizás, un poco injustamente olvidada en el mundillo del contemporaneísmo español.

Con tan señeros precedentes, cabe advertir que, en este caso, nos encontramos ante una obra menor del autor. *La política de la venganza*

es la edición española de una obra publicada en Gran Bretaña en 1995, que a su vez recopilaba diversos artículos que el autor cita como aparecidos en su mayor parte en obras colectivas y homenajes en los años ochenta. Sin embargo, también conviene señalar que los capítulos 1 y 9 ya han sido publicados en España, el primero en versión preliminar sin aparato crítico, y el segundo casi sin correcciones, en los capítulos 1 y 7 de su obra *Las derechas españolas en el siglo xx. Autoritarismo, fascismo y golpismo*, editada por Sistema en 1986.

El capítulo primero, dedicado las relaciones entre el Ejército y las extremas derechas a lo largo de este siglo, es el más general, y, quizás, el más interesante desde el punto de vista teórico, a pesar de que el autor declare, con notoria modestia, que, «*en el campo de las relaciones fascistas-militares, las definiciones científicas son una quimera*» (p. 29). De hecho, desde el ensayo pionero de Harold D. Laswell sobre el «Estado-guarnición» hasta la actualidad, la sociología y la ciencia política, especialmente en su vertiente anglosajona, tienen páginas muy reveladoras respecto de las relaciones civiles-militares en regímenes con diverso grado de cultura cívica (caso del ensayo de S.E. Finer), o sobre el papel de las Fuerzas Armadas como factor de modernizador en sistemas políticos autoritarios o de pluralismo limitado (vid. las obras de S.P. Huntington, inspiradoras de muchas otras sobre el pretorianismo en sociedades en acelerado proceso de cambio).

Lo cierto es que, a pesar de que la parte final del capítulo resulte más convencional, y repita alguna de las tesis defendidas en *La destrucción...*, Preston acierta a enunciar en las páginas 28-29 los factores esenciales que permiten abordar un estudio comparado de las relaciones entre fuerzas armadas, partido único y líder carismático dentro de un régimen de corte fascista o fascistizado: la impregnación militarista o pretoriana de los regímenes liberalparlamentarios italiano, alemán o español (aunque el Ejército no es, ni mucho menos, el único actor contrarrevolucionario en la crisis de la Restauración, como asegura en p. 35); el desigual peso específico de los distintos actores en la alianza contrarrevolucionaria previa a la toma del poder; los objetivos y las preocupaciones políticas del dirigente máximo de esa concertación antidemocrática, o el diverso ritmo de los procesos de *Gleichschaltung* o la *fascistizzazione* que aspiraban a un control totalitario de todos los resortes del poder y de la administración.

De todas formas, señalar, como hace el autor en la página 28, que en los setenta se asistió en España a una reedición de la alianza fascismo-Ejército presuntamente triunfante en los años treinta resulta un poco aventurado por lo simplificador. Como es bien sabido, durante la

República no existió un partido fascista hegemónico, sino una coalición contrarrevolucionaria de amplio espectro que estableció tácitamente una «división del trabajo subversivo» marcado por la complementariedad de las diversas tácticas antidemocráticas y por la apelación al Ejército como *ultima ratio* del juego político. Lo cual no quiere decir que no estemos de acuerdo con la denuncia que hace el autor de que «*parte del atractivo de limitar el estudio del fascismo en España a la Falange se encuentra en el hecho de que así se evita diestramente cierto número de problemas interpretativos e ideológicos*» (p. 29). En efecto, el fascismo español no puede reducirse a Falange Española, sino que gran parte de las instituciones, corporaciones y formaciones políticas pertenecientes al abigarrado universo de las derechas españolas de los años treinta experimentaron en diverso grado un proceso de *fascistización*. Este concepto ha de interpretarse, no sólo como una vulgar mimesis de actitudes y símbolos foráneos, sino también como una propuesta de mayor activismo contrarrevolucionario, y una voluntad de «nacionalización de las masas» (según el concepto acuñado por George L. Mosse) en el seno de una sociedad organizada en sentido corporativo y bajo la férula de un Estado de vocación totalitaria. El eco desigual que tuvo ese proceso de fascistización en España antes y después de la guerra civil explica, por ejemplo, la prolongación hasta nuestros días de la polémica sobre la naturaleza de régimen franquista. Un debate reabierto hace pocos meses en Italia, y al que el propio Preston ha contribuido de forma relevante.

Por todo ello, resulta difícil aceptar que, en plenos años setenta, los restos del agonizante Movimiento mantuvieran un residuo fascista predominante, o que la rama—y la trama—civil del «búnker» representase sólo una alternativa de esa índole. Como destaca el propio autor, la alianza contrarrevolucionaria era tan abigarrada como la de la preguerra civil, aunque mucho más débil, y no se abonaba a la táctica fascista de movilización política, confrontación social y reforzamiento totalitario del Estado, sino que, a aquellas alturas, sólo era capaz de impulsar el tradicional llamamiento de la extrema derecha a la intervención salvadora del Ejército.

El capítulo segundo, dedicado a la estrategia y a la dirección de guerra por parte de Franco durante la guerra civil, sigue las tesis ya sugeridas por escritores como H.R. Southworth, respecto de la deficiente formación estratégica del dictador, cuyos *tics* africanistas explicarían su obsesión por la eliminación sistemática de las bolsas de resistencia en retaguardia y su fobia a desarrollar una guerra de maniobra, lo que condujo a la implicación del Ejército rebelde en grandes batallas de

desgaste de dudosa utilidad estratégica. También se abunda en la hipótesis de la prioridad dada por Franco a la consecución de un objetivo político a medio plazo (la acumulación y consolidación de su propio poder) antes que el objetivo de la victoria militar rápida y al menor coste posible.

Los capítulos cuarto y quinto ofrecen dos visiones complementarias de las dudas del entorno de Franco sobre la intervención española en la guerra mundial: en el exterior, el mantenimiento de los compromisos con Italia y Alemania frente a la tozuda realidad del arma económica del bloqueo esgrimida por las potencias anglosajonas. En el interior, el entusiasmo filonazi de la Falange frente a la cautela del alto mando militar, inducida por razonables consideraciones de orden estratégico, pero también por el fomento de la corrupción rampante en el generalato, para lo que Gran Bretaña disponía de un «fondo de reptiles» de trece millones de dólares.

La tercera y cuarta partes presentan dos pares de capítulos dedicados a la actividad de los sectores más recalcitrantes del Movimiento, y a las actitudes del Ejército respecto de una posible salida democrática al régimen franquista. En este caso, el lector puede optar por una lectura transversal, que le permita constatar la evolución de ambas instituciones en el largo plazo, y en la dirección de una progresiva inadecuación de sus estructuras organizativas y mentales al ritmo de modernización económica y social de España. Respecto del partido único, Preston se centra en el estudio de las tensiones mantenidas entre las diversas familias del régimen sobre la cuestión sucesoria. En lo que atañe a las Fuerzas Armadas, no deja de destacar la originalidad que supone que el Ejército, por vez primera en su historia, aceptase casi sin fisuras y por largos años el apuntalamiento de un régimen entendido en sus orígenes y su ordenamiento jurídico como una dictadura provisoria. La detallada descripción del tránsito desde la arrogancia militar de los años cuarenta al declive tecnológico y a la marginalización social y moral de los sesenta-setenta, ayuda a entender los conflictos librados entre los partidarios de la profesionalización y los politizados defensores a ultranza del régimen franquista, cuyo creciente aislamiento les hizo presa fácil de los cantos de sirena del «búnker» civil.

El tono general de los trabajos revela que su destinatario inicial fue un público anglosajón poco familiarizado con las cuestiones españolas. Ello obliga en ocasiones al autor a exponer en detalle una serie de circunstancias históricas suficientemente conocidas por un lector de cultura media en nuestro país. Por otra parte, cabe decir que algunos trabajos han envejecido prematuramente. Así sucede con el capítulo tercero,

dedicado a las representaciones colectivas de la guerra civil, sobrepasado por el magnífico trabajo de Paloma Aguilar (que Preston cita en p. 90, nota 14) y con el octavo, centrado en las actividades desestabilizadoras de la extrema derecha durante el tardofranquismo, que, a pesar de un meritorio trabajo de recreación logrado en parte por la presencia del autor como testigo de los sucesos en la década de los setenta, aparece hoy en día ampliamente superado por obras de conjunto como la de José Luis Rodríguez Jiménez.

Esta última constatación nos hace desembocar en la crítica de mayor calado que se puede hacer a la obra. Cuando en el prefacio se asegura (p. 11) que «*el fratricidio del decenio de 1930 ha originado una bibliografía de dimensiones asombrosas*», se entiende menos la falta de actualización de la Bibliografía final, anclada en la producción de los años ochenta. Además de la sobredimensionada aportación de los especialistas en lengua inglesa (el hispanismo de otras latitudes es, sencillamente, inexistente), tampoco son precisamente los «jóvenes estudiosos españoles» los que aparecen mayoritariamente representados. Todo ello resta validez a la declarada voluntad de «corregir una desviación» marcada por un supuesto predominio de los estudios sobre la izquierda española en la historiografía reciente. Precisamente la década de los noventa ha contemplado un discreto eclipse de los estudios tradicionales sobre el movimiento obrero (sustituídos por análisis más omnicomprendidos de los diversos actores sociolaborales, o por el estudio de los factores de movilización de la protesta colectiva, como la conexión entre las diversas culturas populares: republicana, anarquista, socialista, etc.), y una floración inusitada de estudios sobre las derechas, ya sea en sus versiones de nacionalismos periféricos (Riquer, de la Granja...), las investigaciones sobre los partidos y regímenes políticos del período estudiado (Sierra, Álvarez Rey, Gómez Navarro, Thomas...), la producción y reproducción ideológica del pensamiento contrarrevolucionario (González Cuevas), los personajes más representativos de las derechas (Tusell, Gil Pecharromán, Robles, González Hernández, Benassar...), las actividades socioeconómicas (Cabrera, del Rey...) o las múltiples obras de conjunto, individuales o colectivas, que se han publicado sobre la derecha y la extrema derecha españolas del siglo xx. Ninguno de estos trabajos han sido incorporados al texto o a la bibliografía, dejando en el conjunto del texto un sabor algo añejo, que añade bien poco a la reputación lograda por su autor en anteriores empresas.

*Eduardo González Calleja (C.S.I.C.)*

XOSÉ M. NUÑEZ SEIXAS: «Movimientos nacionalistas en Europa. Siglo xx», *Historia Universal Contemporánea* 26, Madrid: Síntesis 1998. 431 págs.

¡Ya era hora! Finalmente, disponemos de un auténtico manual de los movimientos nacionales europeos del siglo xx. Un manual que no solamente nos habla de catalanes y vascos, sino también de corsos y sardos, de ucranianos y macedonios, y hasta de la Frisia (240-244, 302-304), de Cornualles (323-324), y de las Azores (374-377), entre otros. Un manual en lengua castellana, pero que cubre un hueco en la bibliografía internacional.

Puesto que se trata de un manual, este libro importante no está trabajado a base de fuentes, sino de la bibliografía existente sobre los casos particulares. En el uso de esta bibliografía, el autor ha demostrado, no solamente un gran dominio de numerosas lenguas románicas y germánicas, sino, también, una gran capacidad de seleccionar. La bibliografía disponible, evidentemente y inevitablemente, es desigual en cuanto a los casos tratados, aunque, sin embargo, útil. El lector curioso encontrará títulos específicos sobre cada caso analizado.

Me parece muy bien que el autor se haya decidido a limitar el tratamiento de los casos peninsulares a lo indispensable. El público al que el autor se dirige *expressis verbis*, un «público académico y universitario español» (9), ya sabrá encontrar literatura e informaciones sobre estos casos, por ejemplo en otras publicaciones del mismo autor. El libro tratado aquí padece un sesgo a favor de la Europa occidental. A la Europa centrooriental de entreguerras, se dedican poco más de 60 páginas, a la Europa occidental, más de 90. Por lo que se refiere a la época de la postguerra hasta la actualidad, la diferencia cuantitativa es todavía más constatable: más de 120 páginas sobre la Europa occidental, pero sólo 28 sobre la oriental, a pesar del fin de la URSS y de la Yugoslavia de Tito. Para demarcar el ámbito geográfico europeo, el autor excluye, desde el principio, las zonas del Cáucaso y de los Urales. Los casos de las minorías judías, tan importantes en la época de entreguerras, y el Báltico, con excepción de Finlandia, no se tratan en sendos capítulos, pero el autor los integra perfectamente en los capítulos más genéricos.

Por lo que se refiere a los estados, el reseñador ha encontrado a faltar muy poco. Quizá señalar que de los catalanes de Francia, casi no se habla, lo que contrasta con el tratamiento bien informado y relativamente largo (287-293) que le merecen a Núñez los vascos franceses, y hasta con la consideración que tiene con los flamencos franceses. En relación a los países del norte, se habla de la independencia de Islandia

y hasta de la autonomía de las Islas Feroe, pero no de los lapones. Se trataría de un caso interesante, comparable a movimientos de indígenas en otros continentes que defienden su tradicional base económica y correspondientes formas de vida.

A pesar de estos detalles, siempre opinables, el material presentado es riquísimo y posibilita comparaciones y tipologías. Casos como el sardo, donde los autonomistas, por mucho tiempo, no han hablado ni de nación ni siquiera de minoría nacional, y ni el partido sardo ha utilizado la lengua autóctona en las publicaciones, enriquecen mucho la discusión comparativa de los casos ya más conocidos. El bien informado tratamiento que le merecen al autor casos como los frisones, friulianos, bretones, tirolese del sur, eslovacos, ucranianos, para enumerar sólo unos cuantos de la amplia gama tratada en el libro, hacen de este libro una obra innovadora y de referencia obligada.

Por lo que se refiere a la periodización, el autor da cierta preferencia a la época de entreguerras. En el curso de la Primera Guerra Mundial, la cuestión de las nacionalidades adquirió una importancia, que fue mayor, quizá, de la que ha tenido en la época de la descolonización y en la de la caída del bloque del este (60). El autor subraya este hecho con sus bien trabajados capítulos sobre el debate teórico durante la Primera Guerra Mundial y en la inmediata postguerra (30 páginas): el principio de las nacionalidades, el principio de la autodeterminación, la política de las nacionalidades como factor estratégico, el análisis del wilsonianismo, la autodeterminación propagada por los bolcheviques, la falta de aplicación de los principios en la conferencia de paz. Las síntesis y explicaciones que el autor da sobre estos temas son de lo mejor del libro. Solamente queda pendiente la pregunta (contrafáctica, eso sí), de si con una mejor aplicación de los principios la obra de Versalles realmente habría mejorado.

La interpretación de las minorías como bombas, a las cuales, sin embargo, tuvieron que poner las mechas que venían de otras áreas de la política (102), resulta convincente, como también el análisis del sistema de protección de las minorías nacionales en la Sociedad de Naciones, tema sobre el cual el autor pudo recurrir a muchos trabajos propios ya publicados y otros para publicar. Creo que este material, también podría usarse para comparar, más sistemáticamente, las postguerras, y los posibles paralelismos entre las minorías alemanas en los nuevos estados de la primera postguerra y las minorías rusas en muchos de los nuevos estados que han surgido después del fin del bloque de este. En su corto capítulo sobre los casos orientales en la actualidad, el autor ya da alguna pista.

Ya he mencionado la división del libro en dos grandes épocas, la de entreguerras, y la de la segunda postguerra. Pero, en contra de lo que se practica en muchos manuales «interesados», el autor no pasa por alto los años de la ocupación alemana, ni la espinosa cuestión de la colaboración de muchos nacionalistas con los alemanes. Se analiza el rol de los nacionalistas caso por caso, algunas veces dentro del contexto de entreguerras, otras, en el capítulo aparte especialmente dedicado a los años de la Segunda Guerra Mundial. Así, se diferencia entre la colaboración con el fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán de la preguerra, por un lado, y la ocupación, por otro. Como muy bien explica el autor, en tiempo de guerra el objetivo máximo era asegurar la pacificación de las zonas ocupadas, y por lo tanto, se trataba sobre todo de buscar colaboradores en las nacionalidades “mayoritarias” (249).

Después de la guerra, el federalismo europeo presentó una salida relegitimadora de muchos movimientos nacionales. En la «larga postguerra», las estructuras de oportunidad cambiarían. El capitalismo avanzado maximizó el rol del Estado. Se abrieron posibilidades de soluciones consociacionales satisfactorias por lo menos en la Europa occidental. No siempre, sin embargo, quedó claro quién era el «modernizador», el estado o el movimiento: y en el caso particular corso, hasta parece que en el triángulo entre estructura de clanes, Estado francés y nacionalistas, fue el primer factor el que ganó la partida.

El afán por poner al día sus cifras y fechas que demuestra el autor, tiene por consecuencia que, en la mayoría de los casos el lector se encuentre prácticamente al día. Hasta se dan informaciones sobre la cooperación actual entre movimientos (capítulo 7.10) dentro del contexto de la unificación europea, lo que se podría comparar con el congreso de Nacionalidades de entreguerras.

Xosé Núñez habla indistintamente de nacionalismos periféricos, sin Estado, o minoritarios, pero distingue entre minorías nacionales y movimientos nacionalistas, como explica muy bien en su «introducción conceptual» (9-26). Correctamente, cada explicación del fenómeno del movimiento nacional esta en función de las teorías de la nación que los autores respectivos defienden. Núñez se decide por cierto eclecticismo; conoce muy bien las respectivas teorías. Sabe hacer valer lo que es propio del historiador en comparación con los otros científicos sociales: el factor tiempo, por ejemplo cuando distingue entre los efectos de la represión contra un movimiento nacionalista en fase incipiente o en fase de movilización de masas (17). Entre los autores que han influenciado en Núñez, sin duda es menester mencionar al historiador checo Hroch,

a pesar de alguna diferencia (por lo que se refiere al despertar de las naciones o al «redescubrimiento» de las identidades, cf. p. 266). El repetido análisis de las estructuras de oportunidad política de los movimientos demuestra la influencia de Rokkan/Urwin. Quizás en algún caso, el seguimiento más sistemático de las líneas de interpretación de estos autores o de sus seguidores (¿Linz?) sobre la construcción del Estado y la construcción de la nación y sus desfases todavía habrían mejorado más las consideraciones teoréticas del autor.

Entre las teorías del nacionalismo que menos han influenciado en Núñez, se puede destacar el enfoque etnomitológico de Anthony Smith. El manual que tratamos habla poco de los mitos nacionales. En el debate entre modernistas, primordialistas, y postmodernistas, Núñez está con los primeros, una posición que se basa, sin embargo, en un buen conocimiento de las explicaciones etnicistas y postmodernistas y hasta de los «galimatías conceptuales sobre la reacción de la “periferia” contra el “centro”...» (266).

Es al lector que se interese por la base social de los nacionalismos, sus organizaciones (notoriamente las políticas), los resultados electorales de sus partidos, la «estructura de oportunidad» en los respectivos casos, también la importancia del sistema internacional y de las estrategias de los grandes poderes, y, finalmente, el posible «efecto demostración» de los éxitos nacionalistas sobre otros movimientos, es a este lector, que Núñez tiene muchísimo que ofrecerle.

Lógicamente, en una obra de esta envergadura no podían faltar pequeñas equivocaciones, aunque de número reducido. Si la tradición del parlamentarismo propio escocés solamente se remontara al siglo XVIII, como se dice en la pág. 217, poca cosa se habría perdido en 1707 (Acta de Unión). West Rhondda y Llanelli en el País de Gales seguramente hace ya mucho tiempo que dejaron que ser «distritos rurales donde la mayoría de la población habla galés» (317). De vez en cuando, nos encontramos con cabos sueltos o con fenómenos que necesitan explicación:

¿Cuales són las ominosas «leyes especiales» de comienzos de siglo», de las cuales se habla en el caso sardo como si todo lector lo tuviera que saber (180)? ¿Qué és la «teoría del “crédito social” elaborada por el ingeniero escocés C.H. Douglas» (221), que era tan importante para explicar el programa social de los nacionalistas escoceses? En el Trentino, ¿hay «partido regionalista» (335) o «partidos étnicos» (338)? También encuentro un poco laxo el empleo de los conceptos del principio de subsidiariedad (382) y del federalismo asimétrico (403).

Estos pequeños detalles podrían arreglarse en una segunda edición del libro. También sería de agradecer un apéndice, además de tratarse de un manual. Cuánto más si consideramos que nos encontramos ante un tema que, a pesar de todos los esfuerzos y logros meritorios del autor, inevitablemente corre peligro de cocer una «sopa de letras» del *maremagnum* de organizaciones y partidos nacionalistas y no-nacionalistas que necesariamente se mencionan en el curso de este manual.

*Klaus-Jürgen Nagel* (Universitat Pompeu Fabra)